

EUROPA COMO OPORTUNIDAD HUMANA

GABRIEL JACKSON

Todos los que leemos la prensa, escuchamos la radio, miramos la televisión, navegamos por la red y hablamos sobre la actualidad con nuestros familiares y amigos, sabemos que vivimos en una época de inmensos retos económicos y ecológicos, de grandes avances científicos y desafíos hostiles al tejido mismo de la vida civilizada. Sabemos que en términos demográficos, religiosos y políticos vivimos en un mundo de ingente inestabilidad. Cotidianamente vemos ejemplos extremos de actos sumamente nobles y sumamente crueles de los que son capaces los seres humanos. Y, al margen totalmente de las virtudes y defectos de nuestro comportamiento con nuestros congéneres, estamos descubriendo que desde la revolución industrial del siglo XVIII hemos estado, sin saberlo, malversando el aire, el agua, la tierra y los recursos naturales del planeta Tierra en modos que destruirán el hábitat humano si no son rápidamente rectificadas en el transcurso de nuestras vidas y de las de nuestros hijos. En estas circunstancias terriblemente complejas, y tras sesenta años de estudiar, enseñar y escribir historia, he pensado muchos sobre lo que merece ser conservado y lo que merece ser defendido, a ser posible por medios pacíficos, pero físicamente si fuera necesario, de la experiencia histórica de la raza humana.

Poder eclesiástico, poder temporal y comercio

En los siglos que solíamos denominar, de forma muy egocéntrica, a. C. —antes de Cristo— y que hoy denominamos más objetivamente antes de la Era Común, todas las sociedades, en algunos casos extensos territorios y poblaciones numerosas, estaban regidas por reyes he-

reditarios y aristocracias militares. Con muy pocas excepciones, quienes gobernaban eran varones. Independientemente del clima, la actividad económica, el color de la piel, la religión y demás aspectos culturales, todas las sociedades organizadas de las que tenemos un conocimiento algo sólido eran autoritarias en su organización política. Esto significaba que la educación, las oportunidades profesionales y el esparcimiento sólo estaban al alcance de una proporción muy pequeña de la población total. La mayoría de los hombres y los jóvenes se dedicaban a la agricultura, la silvicultura, la minería, la pesca y la guerra. La mayoría de las mujeres y las jóvenes se dedicaban a la agricultura, las tareas domésticas y el cuidado de los hijos, y a hacer frente a las consecuencias de la guerra.

Antes de la era común sólo conocemos dos sociedades organizadas, alfabetizadas y bastante estables en que los mandatarios debían observar las leyes en su acción gubernativa, y en que la mitad de la población, la mitad masculina, disfrutaba de ciertos derechos. Esas dos sociedades eran la ciudad-estado griega de Atenas y la República romana. A cambio del servicio militar, los hombres de esas sociedades tenían voto en las asambleas municipales, participaban en jurados, tenían competencias policiales y, al menos en tiempos de paz, estaban protegidos frente a la arbitrariedad en el encarcelamiento, el exilio o la confiscación de bienes. Al nombrar a Atenas y a la República de Roma no pretendo sugerir que no había otras formas de gobierno magnánimo o de libertades personales de facto. En China, India y Persia hubo periodos en que el ascenso era accesible por méritos y la mayoría de la población reci-

bía un trato digno siempre que no desafiara la autoridad del rey. De modo similar, en muchas de las sociedades pequeñas y en gran medida pre-alfabetizadas de África, Asia y el hemisferio occidental, existía a menudo una cantidad considerable de libertad personal de hecho. Pero el concepto de un gobierno en que incluso los reyes y los aristócratas deben cumplir la ley en sus relaciones mutuas y con sus súbditos comenzó, en la medida de nuestro conocimiento, en Atenas y Roma. Y aun después de que Roma pasara a ser un imperio, éste no era hereditario y, tanto en las instituciones militares como en las civiles, existía cierto grado de lo que hoy llamamos “meritocracia”, es decir, acceso a oportunidades de ascenso social por méritos.

En la Europa geográfica que hoy constituye la Unión Europea, el imperio romano fue sucedido mayoritariamente por monarquías hereditarias. El gobierno era más arbitrario de lo que había sido en Atenas y en la Roma republicana, pero el prestigio del gobierno regido por la ley y de la promoción por méritos permaneció vivo en la memoria de los europeos por toda una serie de razones. Para empezar, el imperio romano había sido convertido al cristianismo, que en Occidente exigía celibato a los sacerdotes de la Iglesia católica. Así pues, el gobierno de la Iglesia no podía ser hereditario, al menos no oficialmente. Por fuerza, los sacerdotes tenían que salir de la población general y la autoridad tenía que transmitirse de generación en generación sin reglas hereditarias. Por la misma razón, las instituciones de doctrina, administración y gobierno de la Iglesia tenían que ser accesibles por méritos, sin requisitos de origen social privilegia-

do. La lengua de la Iglesia era el latín, lo cual exigía un clero bilingüe compuesto por hombres capaces de trabajar tanto en su lengua madre como en la de la Iglesia.

Otros dos aspectos de la sociedad medieval y la renacentista impidieron la instauración de un dogma o ideología suprema. Uno era la rivalidad casi constante entre el poder temporal y el religioso en cuanto a la separación práctica de lo que pertenecía al César y lo que pertenecía a Dios. Durante aproximadamente 1000 años, entre el final del imperio romano y la aparición de los Estados soberanos modernos de Europa, hubo continuas tensiones entre la Iglesia institucionalizada y los mandatarios temporales de los diversos territorios soberanos. Ni los papas ni los reyes lograron triunfos perdurables en estos enconados debates y frecuentes guerras. Todos estos conflictos tuvieron el resultado involuntario de que los compromisos y cierto grado de tolerancia fueran indispensables para la simple supervivencia. Después, en los siglos XVI y XVII, la Reforma dividió los territorios latinos y germánicos de la cristiandad occidental entre la Iglesia católica y las diversas iglesias protestantes, destruyendo con ello incluso la apariencia de un solo cuerpo de creencia dogmática común a todo el mundo cristiano europeo.

El segundo elemento que operó para socavar la autoridad de un solo dogma fue la importancia cada vez mayor de las finanzas y el comercio interior y exterior en el mundo europeo. La persona que compra y vende, y que constantemente se enfrenta a cambios económicos originados por la necesidad, por nuevas invenciones y por los cambios de gusto, ha de tener una mentalidad flexible. Tiene que

saber apreciar las necesidades y deseos de los demás y esto conduce de modo natural a una visión más tolerante de las diferentes ideologías y formas de organización política. Además, desde una perspectiva puramente práctica, en una sociedad comercialmente lograda tiene que regir la ley, tienen que cumplirse los contratos e indemnizarse al perjudicado cuando no se cumplen. De tal manera que el desarrollo de una economía de mercado desde el siglo XV hasta nuestros días ha sido un factor que ha tendido a favorecer la amplitud de miras, la aceptación de costumbres diferentes y el eludir dogmas que dificulten la comunicación entre personas y comunidades.

La revolución científica y la Ilustración

Cuando pienso en qué características han operado en contra de la instauración de dogmas y constituciones autoritarias en la historia europea, creo que las dos que acabo de mencionar —el equilibrio entre poder eclesiástico y poder temporal en la Edad Media y el desarrollo de la economía de mercado en los últimos 500 años— han sido las más importantes. Pero quiero hablar de un factor menos potente, aunque también importante, expresado con suma belleza por el gran poeta y novelista ruso Boris Pasternak. En la novela *El doctor Zhivago* hay un diálogo filosófico en que el protagonista y dos amigos discuten sobre los rasgos fundamentales de las tres grandes religiones monoteístas presentes en el imperio ruso. El principal fundador carismático del judaísmo fue un príncipe (si bien siendo niño tuvo que ser rescatado de entre los juncos del Nilo). Moisés enseñó a su pueblo los mandamientos

de su Dios, y al hacerlo les dijo que era su deber transmitir estos mandamientos a otros pueblos sin diluir su propia identidad comunal. Jesús era hijo de campesinos pobres, fue carpintero y siempre se identificó con la masa impotente de la humanidad. Mahoma era un rico mercader que practicaba la poligamia habitual en las clases altas de la sociedad de Oriente Medio. El doctor Zhivago y sus compañeros, sin denigrar ninguna de las tres religiones, prefieren la cristiana por el simbolismo, simple pero poderoso, de que Dios aparezca en la tierra como un hombre pobre que no se identifica con una tribu, una nación o una clase social sino con la gran masa de la humanidad inerme. Todos sabemos, desde luego, que los gobernantes cristianos no han sido ni mejores ni peores que los judíos, los islámicos o los paganos, y por ello no puedo conceder a este factor la importancia que doy al elemento histórico laico, pero veo en el análisis de Pasternak una posibilidad esperanzadora de reducción de las diferencias de clase, y también de las demandas nacionalistas, racistas y tribales que nublan el futuro humano a escala mundial.

Con esto, llego a lo que considero las contribuciones europeas más importantes a la civilización humana: la gestación de la libertad personal en la Holanda y la Inglaterra del siglo XVII, la revolución científica y el amplio movimiento filosófico europeo conocido como la Ilustración. Estos son, sin duda, tres fenómenos muy diferentes y sería razonable alegar que podrían haberse producido de manera totalmente independiente entre sí, pero en mi opinión están estrechamente ligados por una razón fundamental: en los países que acabo de mencionar

los hechos a los que me refiero dependieron del reconocimiento de la dignidad y los derechos legales individuales de todos y cada uno de los seres humanos.

La libertad individual surge primeramente en Holanda e Inglaterra porque estos fueron los países en que el comercio marítimo y el capitalismo comercial se desarrollaron con mayor rapidez y participó en ellos una proporción mayor de la población. En el siglo XVII sus monarquías no estaban fuertemente unificadas en el interior. Las religiones protestantes competían con éxito con el catolicismo y sus territorios no eran ricos en metales preciosos. El éxito económico exigía las capacidades y la cooperación de la población, y de ahí el imperio de la ley.

No es que haya algo inevitable en la relación entre una economía de mercado y la libertad individual. La banca y el capitalismo surgieron en el norte de Italia y en algunas zonas de Alemania y Francia sin un aumento concomitante, en la época, de la libertad personal y el predominio de la ley. Y en la actualidad estamos presenciando un rápido desarrollo de economías de mercado en China, Vietnam, India, Irán y Rusia sin un progreso notable de las libertades personales. Pero, regresando a Inglaterra y Holanda en los siglos XVI y XVII, las disensiones internas de sus dinastías reinantes, la diversidad religiosa, la falta relativa de recursos naturales y, por ello, la necesidad de dar alguna formación profesional al hombre común y otorgarle el beneficio de derechos legales, todos estos factores alentaron la aparición de las libertades civiles.

La revolución científica también requería una atmósfera de libertad: libertad para cuestionar las

doctrinas recibidas en todos los campos, libertad para experimentar y publicar los resultados de los experimentos, libertad de comunicación internacional entre científicos para que sus hallazgos fueran accesibles a la humanidad en general y no solo a las naciones más ricas; libertad para crear inventos y servicios dentro del marco de la ley. La revolución científica, más fuerte inicialmente en la física, las matemáticas y la astronomía, parecía indicar, aunque por supuesto no pudo probarse, que el universo era cognoscible, que con el paso del tiempo el hombre podría sustituir mitos y dogmas religiosos por conocimientos experimentales y fácticos sobre el verdadero funcionamiento del universo. Para muchos científicos del siglo XVIII, Dios pasó a ser una especie de supremo arquitecto, o artífice relojero, que había creado el universo y las leyes por las que éste se regía.

Al mismo tiempo que la unión de libertades personales y económicas hacía posible los avances intelectuales de la revolución científica, creaba también un talante optimista sobre el potencial de la naturaleza humana misma. La doctrina cristiana, predicada oralmente a la gran mayoría de los europeos tanto durante la Edad Media como durante la Reforma, insistía en el carácter esencialmente pecaminoso de la conducta humana. Se daba por sentado que la vida en este mundo era generalmente infeliz y sería seguida por el castigo eterno en el infierno si no se contenían los apetitos animales y se obedecía a la Iglesia con la esperanza de subir al Cielo. No había sondeos de opinión pública en el mundo premoderno, y no teníamos modo alguno de saber cuántas personas creían realmente que su vida en la tierra era un simple preludio

de la vida eterna en el cielo o el infierno, pero la evidencia de la experiencia personal era suficiente para convencer a la mayoría de que, en la famosa frase del filósofo británico del siglo XVII Thomas Hobbes, la vida en este mundo era “desagradable, brutal y breve”.

Para la mayor parte de la gente inculta, y también del clero, tanto católico como protestante, la revolución científica no tuvo en sus primeros momentos efecto alguno sobre su visión pesimista de la naturaleza y el destino humanos. Pero a medida que empezó a comprenderse la naturaleza del sistema solar, de la gravedad, la mecánica, el magnetismo y la luz, y ello pareció ofrecer prueba de un universo ordenado, estable y previsible, los intelectuales de todos los países de Europa empezaron a pensar en los seres humanos no simplemente como pecadores sino como criaturas capaces de pensamiento racional, y en la posibilidad de cambios en el comportamiento social que podían hacer la vida mucho más fructífera y grata para la humanidad en general.

En Francia, en los Países Bajos, en Inglaterra y Escocia, un número considerable de intelectuales empezó a hablar de la “perfectibilidad de la naturaleza humana”. La gran mayoría de estos pensadores, hombres como Diderot, John Locke y los norteamericanos Benjamin Franklin y Thomas Jefferson, no creían literalmente que los hombres fueran educables hasta el punto de convertirse en ángeles. Pero sí creían que el ser humano tendía por naturaleza a ser más bueno que malo, o al menos que nacía suficientemente neutral y educable para que la libertad personal, la enseñanza, las oportunidades económicas, las buenas leyes y el buen gobierno pudieran producir sociedades mucho más felices y justas que todas las del pasado.

Los derechos humanos

La creencia ilustrada en la potencial perfectibilidad del ser humano originó muchos de los movimientos pro derechos humanos que aún hoy forman parte importante de nuestro mundo contemporáneo: movimientos a favor de

un tratamiento humanitario de los presos, en el sentido de pensar y actuar en términos de rehabilitación y reintegración en una vida socialmente útil; movimientos para acabar con la esclavitud en galeras de las armadas de todo el mundo y la esclavitud agrícola y doméstica en la vida de las plantaciones; movimientos para terminar con los castigos físicos en las escuelas y el uso de tortura en el interrogatorio de prisioneros. Estas aspiraciones no han triunfado totalmente en modo alguno, pero en este punto me gustaría presentar dos ejemplos de la importancia a largo plazo de estas ideas, aun si seguimos rodeados de ejemplos constantes de su violación.

Uno es el caso de Thomas Jefferson, que incluyó en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos la frase de que “todos los hombres son creados iguales”, pero que al mismo tiempo poseía una plantación y esclavos, y que en su último testamento liberó solamente a la esclava que era su amante, Sally Hemings, y a sus hijos legalmente reconocidos. Sally Hemings llevaba, de hecho, los asuntos domésticos de la casa de Jefferson en Monticello. Dos de sus hijos fueron el maestro carpintero y el maestro albañil respectivamente cuando se erigió el primer edificio de la Universidad de Virginia, y uno de ellos llegó a ser, como su padre, un consumado violinista amateur. Todo esto nos ayuda a comprender humanamente las contradicciones de ser propietario de esclavos y justificar una revolución en razón de que todos los hombres son creados iguales. Estos hechos indican también un ignominioso compromiso con la entonces vigente institución de la esclavitud. Pero pese a ello sigue siendo cierto que la Guerra Civil de 1861-1865 acabó legalmente con la esclavitud, y que el multitudinario movimiento pro derechos civiles de la década de 1960 confirmó de hecho lo que había sido sólo una liberación teórica un siglo antes. La importancia de la Ilustración es que hombres como Jefferson y otros propietarios de esclavos como George Washington y James Madison integraron en nuestras leyes fundamentales la

convicción de que todos los hombres son creados iguales, principio sin el cual los Estados Unidos acaso fueran todavía hoy una sociedad en que la gente de color no podría exigir los mismos derechos fundamentales que los blancos.

Mi segundo ejemplo es una experiencia personal de la década de 1980. La rama española de Amnistía Internacional me pidió que escribiera un artículo sobre la prevalencia de la pena capital en Estados Unidos en una época en que ésta había sido eliminada prácticamente de todas las constituciones de los países europeos. En el transcurso de mi investigación para este artículo descubrí un hecho de gran interés: el mapa de los países que, a partir de 1980, habían abolido la pena de muerte se correspondía con el mapa de los países en que había sido más influyente la Ilustración del siglo XVIII: Europa occidental, Escandinavia, las islas británicas y Canadá, y las naciones de América Latina. Por el contrario, países altamente civilizados como India, China, Japón y Rusia tenían, y siguen teniendo, pena de muerte sin que ello represente un problema político o moral para la mayoría de los ciudadanos de dichos países.

Es sin duda un hecho desafortunado que en varios países latinoamericanos las dictaduras militares hayan asesinado a numerosa población civil en épocas recientes. Pero yo creo que la circunstancia de que se haya eliminado la pena de muerte de sus legislaciones, con la excepción de unos pocos vecinos caribeños de Estados Unidos, acabará haciéndola desaparecer de hecho y de derecho también en aquellos países. Por lo que hace a los Estados Unidos, haré sólo dos comentarios breves. Uno es que algunas frases del Antiguo Testamento, como ojo por ojo, diente por diente y, de ello, vida por vida, unido al sentimiento protestante tanto de pecado innato como de responsabilidad personal, tienen mucha mayor fuerza en Estados Unidos que en ningún lugar de la Europa coetánea. El segundo comentario es que el racismo sexual ha estado,

hasta fecha muy reciente, mucho más presente en Estados Unidos que en América Latina.

Cuando hablo de “racismo sexual” me refiero a que, mientras que durante siglos ha habido matrimonios mixtos entre los latinoamericanos de origen europeo y la población americana nativa y, con menor frecuencia pero también en cantidad considerable, los negros, estas uniones interraciales—como la de Thomas Jefferson anteriormente mencionada—han sido hasta hace poco tratadas como asuntos vergonzantes, y por ello no han sido ni pública ni legalmente reconocidos. En toda la historia de Estados Unidos este prejuicio específico del color de la piel ha significado que se ha aplicado la pena capital a un porcentaje muy superior de acusados negros que blancos, y que un temor profundamente arraigado, especialmente a los muchachos negros, opera en gran medida a la hora de “justificar” que se conserve la pena de muerte.

Supongo que mucha gente se preguntará cómo es posible que, a la luz de los horrores tanto del siglo XX como de la actual historia mundial, un historiador aparentemente cuerdo pueda hablar con cierto optimismo sobre los efectos de la Ilustración europea. Sin embargo, no obstante dos guerras mundiales, el fascismo y el comunismo, y los presentes casos de terrorismo político y religioso a escala internacional, abrigo una visión provisionalmente optimista de lo que puede significar la Unión Europea para el futuro tanto de Europa misma como de un mundo cada vez más interdependiente.

Las dos guerras mundiales del siglo XX

Mi primer argumento es que las dos guerras mundiales del siglo XX fueron ambas producto de errores de cálculo colosales y absolutamente evitables de quienes detentaban el poder. La I Guerra Mundial fue resultado del total descalabro de las negociaciones en pro de una solución diplomática al asesinato del heredero al trono austriaco. El Estado Mayor austriaco creyó que se les presentaba una buena ocasión para castigar a la “insolente” Serbia

en el modo en que las potencias europeas tenían por costumbre castigar las revueltas tribales africanas o de Oriente Medio. El emperador alemán, militarista e intelectualmente mediocre, pensó que podía intimidar a Francia y a Rusia lo bastante para que no defendieran los esfuerzos serbios para ofrecer alguna compensación, y en cuestión de seis frenéticas semanas Europa pasó de la negociación en torno al castigo de un acto terrorista individual a una guerra a gran escala que implicó a todas las grandes naciones europeas. Ninguna de estas “grandes potencias”, como las denominó la prensa en el momento, disponía de los necesarios abastecimientos militares para más de unas seis semanas de combate. Ninguna de ellas imaginaba remotamente que la guerra pudiera continuarse durante más de cuatro años, y que iba a diezmar a la juventud masculina y empobrecer a la mayoría de la población de todos los países participantes.

La imprevista destructividad de la guerra abrió vía a la revolución rusa y la dictadura soviética, con su amenaza retórica de revolución mundial, destrucción del capitalismo y del mundo burgués, etc. También de ello surgió el fascismo y numerosas dictaduras de Europa central y oriental como reacción conservadora a la revolución soviética, así como frente a la hegemonía de las ricas democracias capitalistas de Occidente: Inglaterra, Francia y Estados Unidos. El absurdo y desaprensivo esfuerzo de las democracias victoriosas para hacer a Alemania única responsable de la guerra y, por consiguiente, obligarle a pagar reparaciones en cantidad igual al coste total de la guerra, se convirtió en causa principal de la inflación disparada que castigó a la nueva Alemania democrática en 1923 y fue causa principal de la depresión económica mundial de los años 1930-35.

La II Guerra Mundial estalló a consecuencia de cálculos aún más desastrosamente equivocados que los de 1914. Aproximadamente desde mediados de la década de 1930, se habían impuesto en Europa tres potentes dictaduras militarizadas: la Alemania nazi, la Italia

fascista y la Rusia comunista. Gran Bretaña, siendo la más fuerte potencia democrática, seguida por Francia, Bélgica, Holanda, Suiza y los países escandinavos, sentó la pauta de las relaciones diplomáticas entre el Occidente democrático y las tres dictaduras. Para la Inglaterra de los gobiernos conservadores de Stanley Baldwin y Neville Chamberlain, el gran enemigo era la Unión Soviética, que había cancelado las deudas zaristas con los gobiernos occidentales y, en su primer decenio de existencia, amenazó clara y constantemente con destruir el capitalismo mundial. Pero desde 1928 el dictador era Josef Stalin y éste había modificado la política soviética abandonando la revolución mundial en pro de la construcción del socialismo en un solo país. Con Stalin, la Rusia soviética desarrolló relaciones pacíficas con importantes vecinos capitalistas como la Turquía de Kemal Atatürk, la China de Chian-Kai-Chek y la república de Finlandia, que había sido una provincia del imperio ruso y cuyas peticiones de independencia fueron pacíficamente otorgadas por el primer gobierno soviético en 1918.

Además, entre 1934 y 1939 la Unión Soviética hizo repetidas ofertas de alianza militar con Francia e Inglaterra para su mutua protección, una política que se denominó de “seguridad colectiva” frente a una Alemania resurgente y agresiva. Pero el gobierno británico prefirió no considerar jamás estas ofertas, ni reconocer la normalización de las relaciones soviéticas con sus vecinos no comunistas.

En 1933 Hitler había subido al poder en Alemania y estaba, en efecto, empezando a cumplir las graves amenazas contenidas en sus discursos de destruir la República de Weimar, acabar con todos los partidos políticos y sindicatos de izquierdas, “liberar” Alemania de su minoría judía, quemar los libros de todos los escritores judíos, liberales y marxistas, destruir la Rusia soviética en beneficio de los agricultores alemanes arios con familias numerosas, recuperar todos los territorios perdidos en 1918 y, en general, anular todas las obligaciones contraídas bajo el Tratado de

Versalles. Los conservadores británicos manifestaron su antipatía, e incluso en alguna ocasión su conmoción, ante la franca brutalidad del régimen nazi, pero compartían de manera más suavizada los sentimientos racistas de Hitler contra los judíos y los eslavos y a favor de los pueblos nórdicos, es decir, los predominantemente rubios alemanes, escandinavos y anglosajones.

Los británicos iniciaron su propio rearme plenamente conscientes de que Hitler podía lanzar una guerra revanchista contra los vencedores de la I Guerra Mundial. Pero en los años 1936-1938, en virtud de una política certeramente denominada “apaciguamiento”, aceptaron la remilitarización de Renania, la anexión de Austria y la conquista de Etiopía por Italia, el aliado fascista de Hitler. En el verano de 1938, y culminando en el Pacto de Munich del 29 de septiembre, los británicos, junto a su renuente aliado, Francia, cooperaron activamente en la destrucción nazi de la próspera y estable República de Checoslovaquia. Finalmente, durante los 30 meses de la Guerra Civil española, aceptaron la masiva ayuda italo-alemana a Franco que permitió a este general, reaccionario y literalmente asesino, ganar la guerra y consolidar su dictadura vitalicia.

El inmenso error de cálculo de todo esto, claramente evidente día a día, fue la inamovible convicción de los conservadores británicos de que Stalin y el comunismo eran la auténtica amenaza a la Europa civilizada, siendo la realidad que Hitler estaba abiertamente resuelto a destruir las democracias occidentales mientras que Stalin tenía máximo interés en evitar la guerra, teniendo presente que su propio país estaba bajo la amenaza de un Japón hostil y una Alemania fanáticamente racista. Tras la Conferencia de Munich, a la que no fueron invitadas ni la Unión Soviética ni Checoslovaquia, Stalin llegó a la conclusión de que la conservadora Gran Bretaña y la acobardada Francia no tenían inconveniente en que Alemania cumpliera sus amenazas destructivas contra Rusia.

El resultado final del apaciguamiento y de la deliberada negativa

a considerar algún tipo de acuerdo defensivo con la Unión Soviética fue el pacto nazi-soviético que permitió a Hitler ocupar Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Noruega sin tener que preocuparse por una guerra en dos frentes, el problema militar que posiblemente había impedido a Alemania triunfar en la guerra de 1914-18. Después, Hitler cometió su propio error colosal de invadir la Unión Soviética, gracias a lo cual Inglaterra y Estados Unidos pudieron salvarse y, finalmente, también el resto del continente europeo, no sin un total de casi 30 millones de muertos entre los años 1941 y 1945, incluido el Holocausto de los judíos europeos y la matanza de todos los eslavos y romaníes (gitanos) que los alemanes tuvieron ocasión de eliminar durante sus primeras victorias y su atroz retirada. Si alguna vez una gran potencia vuelve a ser gobernada por fanáticos como Hitler o por esnobtan llenos de prejuicios como Chamberlain, reconozco por adelantado que mi visión del futuro de Europa es utópica.

El fundamento de mis esperanzas para el futuro son los hechos ocurridos en la Europa occidental y del norte desde la II Guerra Mundial, que van gradualmente extendiéndose a la Europa mediterránea y oriental y que son potencialmente susceptibles de extenderse a otros lugares del mundo en concordancia con las etapas de desarrollo y la voluntad democráticamente expresada de sus habitantes.

La Unión Europea

¿Cuál ha sido la base de esa Unión Europea forjada gradualmente desde 1945? Yo creo que el primer impulso fue el acuerdo espontáneo entre todos los dirigentes democráticos de la derecha, el centro y la izquierda de que, sencillamente, no se podía permitir que volvieran a producirse dos guerras mundiales, una depresión mundial y los crímenes del fascismo y el nazismo. La guerra entre las naciones europeas debía hacerse inconcebible y permanecer así para siempre. Ese cambio de mentalidad ha tenido lugar en todas partes menos en la

península balcánica, y ahora también allí empieza a sentirse cada vez con más fuerza.

Prácticamente todos los líderes democráticos post-1945 estuvieron de acuerdo en que las poblaciones que habían sufrido aquellos desastres entre 1914 y 1945 debían ser compensadas mediante sistemas de seguridad social que incluyeran seguro de paro, atención médica y pensiones de jubilación para todos. No se trató solamente de una reacción política y humanitaria a las guerras y la opresión dictatorial; los rudimentos de este tipo de seguridad social existían aun antes de 1914 en Alemania, y fueron desarrollados en Suecia y Estados Unidos como respuesta a la depresión económica mundial de principios de los años treinta. Fueron asimismo concebidos como protección frente al ejemplo aparente de la Unión Soviética donde, a decir de los soviéticos, no se había producido el desempleo masivo de los países capitalistas. Puesto que eran muy pocos los europeos que habían visitado la Unión Soviética, muy pocos también los que hablaban o leían el ruso y no había datos disponibles salvo las publicaciones oficiales soviéticas, no había forma de hacer comparaciones factuales entre las condiciones de vida soviéticas y las de las democracias capitalistas.

Pero los debates y la literatura política de entre 1945 y 1970 indican claramente que una razón importante para la creación del Estado del bienestar democrático fue poder demostrar a los votantes que dichos Estados ofrecían todas las libertades y prestaciones que alegaba la propaganda comunista como gran triunfo del sistema soviético. La importancia de este motivo en particular fue descendiendo a medida que se hacía evidente que el modelo económico-social soviético era, en realidad, mucho menos logrado que el Estado del bienestar democrático, aunque casi todo el mundo quedó sorprendido ante el literal desplome de la Unión Soviética y sus satélites de Europa del Este entre los años 1989 y 1991.

Finalmente ¿a qué me refiero

con la frase “Europa como oportunidad humana”? Me refiero a varias cosas en que se conjugan la experiencia histórica con la práctica presente. En primer lugar, la larga tradición del imperio de la ley y el general ascenso de las libertades individuales y los gobiernos constitucionales desde el siglo XVII de nuestra era. Con respecto a los tremendos problemas medioambientales que amenazan ahora mismo el planeta Tierra, pienso también en las fuertes tradiciones de Alemania, Francia, las Islas Británicas y Escandinavia, de atención cuidadosa por parte de instancias oficiales a los bosques, los recursos minerales, las vías fluviales, el abastecimiento hídrico y las carreteras de tráfico rodado. Estas tradiciones significan que es más fácil en Europa que en Estados Unidos o América Latina que la población entienda la necesidad de medidas gubernamentales para proteger el medio físico.

Igualmente importante es el común legado intelectual y artístico de los clásicos griegos y latinos, del arte y la arquitectura medieval y de las glorias de la música vocal e instrumental desde la Edad Media hasta nuestros días. En cierta medida, la existencia de tres grupos diferenciados de lenguas, las romances, las germánicas y las eslavas, constituye una dificultad en la transmisión de la literatura y la filosofía. Pero Europa tiene también fuertes tradiciones filológicas y de publicaciones en traducción. Además, la creciente colaboración entre las universidades de todos los países y el sistema Erasmus de becas posiblemente garanticen unas relaciones fluidas entre las muchas y diversas culturas europeas.

Un tercer factor muy positivo del presente y el futuro europeo es la unificación de su economía y sus empresas científicas: elementos como el euro, el Airbus, los trenes de alta velocidad, los laboratorios CERN de Suiza, la creciente semejanza de las prácticas bancarias y comerciales. Todos estos tipos de actividad producen múltiples beneficios en el intercambio de experiencias que surge de las conferencias internacionales y las etapas de experiencia de trabajo de varios países.

Existe, en mi opinión, un peli-

gro muy evidente y otro menos evidente para el futuro que acabo de esbozar. El peligro evidente son las diversas religiones dogmáticas y formas de nacionalismo que prosperan en muchos lugares del mundo. Por muy idealistas o bienintencionados que puedan ser una persona o un grupo, si su religión y/o sus creencias políticas son dogmáticas, si son tenidas como palabra de un Dios todopoderoso o un santo profeta, quienes abrigan dichas convicciones serán muy capaces de matar, con buena conciencia, a quien se niegue a compartir dichas creencias dogmáticas. Los textos sagrados del cristianismo, el islam y el judaísmo están llenos de exhortaciones a destruir a los enemigos de Dios, sean quiénes sean. Los terribles costes de las guerras de religión a lo largo de los siglos crearon una tolerancia religiosa de facto en muchos países, pero cualquiera que escuche las declaraciones del Vaticano, a los representantes del cristianismo evangélico en la televisión y la radio estadounidenses, y a los líderes de muchos grupos islámicos, sabe con certeza que la auténtica tolerancia es un cultivo frágil que necesita de riego constante.

El peligro menos evidente, a mi juicio, es que la gente en general, incluidas personas de gran cultura, no sepa comprender la importancia de la libertad civil; es decir, la aplicación de la ley al modo en que es tratado el individuo, sea cuál sea su nivel económico, el color de su piel o sus creencias personales. En sus formulaciones se utilizan inevitablemente muchos términos técnicos porque es necesario precisar al máximo, al igual que en los escritos científicos. El vocabulario que justifica el encarcelamiento y otras formas de castigo no es muy atractivo. Pero el derecho a no ser encarcelado indefinidamente sin ser acusado de algún delito específico, el derecho a los servicios de un abogado, el derecho a que éste examine la evidencia presentada contra la persona acusada, el derecho a interrogar a quien acusa en un tribunal público, y el derecho a recibir visitas de familiares y, si fuera necesario, atención médica, son derechos por los que se luchó en los parlamentos y los municipios de Holanda e Inglaterra a lo largo de

varios siglos. Hacia finales del siglo XIX habían pasado a formar parte de las constituciones de los países más avanzados, que habían absorbido las influencias de la Ilustración; y en gran medida gracias a los esfuerzos de una gran mujer, Eleanor Roosevelt, viuda del presidente Franklin Roosevelt, también quedaron consagrados en la Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

La aplicación de estos derechos ha sido sumamente estable en Europa occidental, Escandinavia, Gran Bretaña y los llamados Dominios británicos; y en Estados Unidos con la excepción de periodos como la era marcartista de los años cincuenta y los actuales mandatos presidenciales de George W. Bush. A mí personalmente no me preocupa que la gente olvide la importancia de los clásicos griegos y latinos, o de la Ilustración europea, o los animados debates que surgen en muchas elecciones nacionales. Pero sí creo necesario insistir en la importancia de las libertades civiles, porque éste es el elemento excepcional que la tradición europea puede ofrecer al resto del mundo y porque su carácter técnico significa que a veces grandes sectores de personas pierden esas libertades porque los procedimientos son —como he dicho—, técnicos y mucha gente que tendría que prestar atención a las amenazas contra dichas libertades no lo hace.

Finalmente, cuando hablo de “Europa como oportunidad humana” me refiero a la Europa de 2000 años de historia cultural e intelectual, la Europa de muchas naciones por fin aunadas en una unión económica, cultural y científica, y la Europa que creó el concepto de derechos humanos y que, después de los crímenes racistas de Hitler y los crímenes políticos del gulag soviético, no olvidará la importancia de la libertad civil como su máxima contribución a la solidaridad humana. ■

Traducción: Eva Rodríguez Halfter.

Gabriel Jackson es profesor emérito de Historia en la Universidad de California en la Jolla. Autor de *La República española y la guerra civil*.